

El aleteo de un pájaro de neón

Carlos Rubio Recio

Isoc Benny se despertó con los calzoncillos empapados. Había vuelto a tener un sueño húmedo. Al abrir los ojos, la figura de la mujer que gemía y se apretaba contra él se disolvió como ceniza y le abandonó. La luz de la mañana iluminaba su habitación llenándola de realidad. El espasmo de placer que había sentido mientras dormía había dado paso a una sensación fría entre las piernas que impregnaba la tela de su ropa interior.

Isoc se levantó de la cama, se quitó los calzoncillos y los tiró al suelo asqueado. Bajo el corte de la camiseta su vello púbico, rubio y ligeramente viscoso, brillaba como el alambre. Su pene, aún erecto, empezaba a perder grosor, dejándose caer satisfecho sobre los testículos.

Tras la ventana, a lo lejos, erigiéndose sobre un bosque de abetos, se recortaba en el horizonte el Puño del Diablo, una montaña de más de siete mil metros que cada año se cobraba la vida de muchos de los que pretendían conquistarla. Isoc era uno de los pocos que lo habían conseguido, aunque de eso hacía más de diez años. Decían en el pueblo que cuando alcanzabas la cima, mientras te deleitabas con las vistas, el diablo robaba parte de tu alma y la escondía bajo una piedra. Así, cuando bajabas la montaña, lo primero que sentías era la necesidad de volver a escalarla, porque aunque tú no lo supieras, una parte de ti te llamaba desde arriba para que fueras a buscarla. Desde ése momento, te convertías en esclavo de la montaña, y por mucho que te alejaras o intentaras olvidarla, sólo pensabas en volver a su cima. Era la manera que tenía el diablo de vengarse de los que habían conseguido escalar su puño.

Isoc pensaba que algo de cierto debía de haber en esa historia, ya que algunos de los montañeros que habían escalado el puño del diablo habían muerto tiempo después intentando repetir la hazaña. Y los que no lo intentaban de nuevo, o no se habían ido nunca del pueblo o, si lo habían hecho, siempre habían terminado por volver, incluido él.

Él respetaba mucho aquella montaña, y le gustaba pensar que aquella montaña le respetaba a él. Aunque sólo fuera por no haber reventado contra ella como un mosquito. Por eso, al levantarse cada mañana se asomaba a la ventana y escrutaba la superficie de aquel rocoso puño como si pudiera verse a sí mismo diez años atrás, escalando trabajosamente por su superficie. No darle los buenos días a la montaña, no agradecerle que le permitiera bajar con vida, le parecía una falta de humildad.

Ya en la ducha, Isoc frotó la esponja contra su pene con mucha fuerza, sin piedad, como si quisiera castigarle por la eyaculación de aquella mañana. Castigarle por hacerle sentir culpable, por hacerle sentir infiel.

Después de ducharse, se puso unos vaqueros y una camisa vieja y bajó por las escaleras hasta el salón. Aún no había descendido el último escalón cuando notó la presencia de Junic moviéndose por una de las estanterías, caminando despacio entre los libros, maullando suavemente al acercarse a él. Al llegar al final de la estantería, la gata cogió impulso, saltó de cabeza al brazo del sillón y de ahí al suelo. Al pisar la alfombra de cuero, la gata aceleró el paso y se dirigió a Isoc con las patas muy alineadas, como un equilibrista cruzando una línea imaginaria.

Isoc acarició con los nudillos la cabeza y el pecho color canela del animal, que agradeció las caricias con un prolongado ronroneo y cariñosos lametones en los recios dedos del hombre.

La gata no tardó en tumbarse boca arriba, mirándole con los ojos bicolor entreabiertos, enseñándole las almohadillas de sus patas, demandándole más atenciones.

Isoc, haciendo caso omiso de los deseos de la gata, entró en la cocina a preparar el desayuno. Junic maulló varias veces patas arriba, pero no consiguió nada. Isoc fue a la despensa, sacó un par de latas de comida para gatos y las abrió sobre la encimera. Nada más abrir la primera, Isoc vio aparecer por debajo de un armario a Saria, su otra gata. Tan negra y reluciente como una ola nocturna.

Saria maulló lacónicamente al pasar junto a Junic, que se incorporó inmediatamente y siguió a Saria camino de la cocina. Las dos tenían su desayuno en el plato.

Isoc se preparó una taza de café solo, con un par de hielos, y se lo tomó despacio, deambulando por la casa. Seguía molesto, la imagen de la mujer con la que había soñado aún le perseguía. Se negaba a ser olvidada. Isoc aún recordaba el sabor de su boca mordisqueando sus labios, el tacto de su melena resbalando por el pecho mientras le iba besando, sembrando en él, con la punta de la lengua, la necesidad de ser llevado al orgasmo.

Mientras paseaba por el salón, se dio cuenta de que se estaba quedando sin libros que leer. De la treintena que había comprado la última vez, sólo le quedaban dos por empezar, “La última travesía de Lanis Richardson” y “La biografía de Leopoldo Durtant, emperador de los pobres”. Los demás descansaban en las estanterías a la espera de una improbable relectura, llenándose de pelos de gata, que los usaban como muros tras los que asegurar sus siestas.

Isoc decidió ir al pueblo esa misma mañana a comprar más libros. No podía permitirse quedarse sin lectura. Era lo que más le calmaba, junto con la música clásica.

Nada más terminar el café, Isoc se puso una cazadora y montó en el todoterreno. El pueblo apenas quedaba a veinte kilómetros, pero a él siempre se le hacían eternos. Como a muchas otras cosas en los últimos años, le había cogido profunda aversión a conducir.

Ya en la carretera, Isoc condujo despacio hasta el pueblo, recitando durante todo el trayecto un viejo poema que había memorizado de niño en el colegio, su mantra.

Al llegar al pueblo, aparcó el coche frente a la librería de segunda mano y entró en la tienda.

Cada vez que entraba en aquel lugar, Isoc se imaginaba al único superviviente de un naufragio, recién llegado a su isla, recogiendo de la orilla los libros que la marea le va trayendo, cientos de miles de ejemplares que le llegan flotando como peces muertos, náufragos también tras el hundimiento del barco en el que viajaban, rumbo a una inmensa biblioteca con suelos de mármol. Aquella tienda, demasiado grande para tan pocos lectores, demasiado pequeña para

tantos libros, era la viva imagen de la cueva del náufrago después de salvar hasta el último ejemplar mojado. Una cueva oscura, de paredes empapeladas en sepia, con altas estalactitas de ediciones de bolsillo, y en la que al fondo se intuía la figura del náufrago, junto a la lumbre, leyendo un libro, con su sombra crepitando en la pared.

La rojiza cara de Linux Tati asomó por detrás de una columna. Primero con gesto de extrañeza, como cada vez que oía sonar la campanilla de la puerta. Después, al reconocer al visitante, se dibujó en él una sonrisa de entusiasmo. Linux cerró el libro que tenía entre las manos y lo levantó en señal de victoria, como si fuera un trofeo, para después dejarlo caer sobre un montón de libros.

-¡Mi ermitaño favorito! -dijo Linux mientras se levantaba de la silla y recogía una copa de oporto apoyada en una revista.

-Tú también eres el mío, Linux -contestó Isoc intentando disimular la poca gracia que le había hecho el comentario. Al fin y al cabo, ya conocía al librero, sabía que no lo decía con maldad, pero hacía tiempo que Isoc había perdido el sentido del humor.

Linux se acercó a Isoc bamboleándose ligeramente y le estrechó la mano con fuerza. Isoc sospechaba que no le apretaba la mano así a todo el mundo, y que si lo hacía con él, era porque sus finas manos de librero le causaban complejo de intelectual inepto, al compararlas con las suyas, más fuertes y robustas.

-¿Qué tal estás, amigo? -Linux no podía evitarlo, siempre que le hacía esa pregunta se filtraba en su mirada una profunda compasión que a Isoc le resultaba incómoda.

-Bien, vengo a por más libros.

-¿Ya te los has leído todos? -preguntó Linux agarrando del brazo a Isoc con un gesto teatral, intentando disimular una repentina pérdida de equilibrio.

-Sí... Bueno, me quedan dos...

-¿Te han gustado? -Al preguntarle, a Isoc le vino a la cara el olor de un pub al amanecer.

-Sí, algunos más que otros, pero vamos, no están mal.

Linux se quedó mirando a Isoc en silencio, como esperando oír la parte más importante de un telegrama, pero él no parecía dispuesto a añadir nada más. Linux abrió la boca para decir algo, pero amarró la frase antes de que pudiera salir, se soltó del brazo de Isoc y se acercó al mostrador dando un trago a su copa. Tras apurar el trago, Linux se volvió a él y liberó la frase.

-Me resultas muy frustrante, ¿sabes? -Linux parecía realmente abatido-. Eres mi mejor cliente, el único que lee en este pueblo, el único con el que podría comentar los libros, al único al que... Y nunca te saco más que eso, un par de tristes comentarios.

-Ya sabes que no soy muy hablador -respondió Isoc incómodo.

-Sí, eso ya lo sé. Ya lo sé... –dijo Linux examinando el fondo de su copa como si buscara una gota escondida-. Supongo que es tu decisión –Linux dejó la copa sobre el mostrador y se alejó rumiando un reproche-. Bueno... ¿cuántos te vas a llevar?

-Sesenta.

-Sesenta, estupendo... –Linux dejó escapar un suspiro, cogió una pequeña escalera y se acercó a una de las abarrotadas estanterías-. Historia, biografías y manuales, ¿verdad?

- Sí, lo de siempre –contestó Isoc hojeando un libro de acupuntura.

- Para qué cambiar, ¿verdad?

Isoc, algo molesto, levantó la vista del libro y se quedó mirando a Linux. Estuvo a punto de contestarle, pero decidió dejarlo pasar.

-¿Te gustó el libro de Birnak Porot? –preguntó Linux mientras rebuscaba entre las estanterías y empezaba a seleccionar algunos libros.

-Sí, está bien.

Linux miró a Isoc por encima del hombro, y esta vez fue él quien tuvo que contenerse para no contestar.

Isoc percibió la mirada del librero y se dio cuenta de que Linux tenía razón, sus respuestas debían resultarle muy irritantes.

-Al principio resulta un poco pesado porque tiene una escritura muy recargada, llena de cultismos, se nota que el tío se gusta escribiendo, pero cuando te acostumbras un poco, el libro se disfruta mucho. La historia es increíble, la verdad.

Linux, que se había vuelto a mirar a Isoc en cuanto le escuchó hilar dos frases seguidas, asintió con la cabeza, ya no tanto para mostrarse de acuerdo con él como para agradecerle el esfuerzo.

Linux fue sacando libros de las estanterías y los torreones del suelo, de los cajones, y los fue colocando cuidadosamente sobre el mostrador, comentándole cada elección a Isoc, que escuchaba a Linux admirado por su cultura, sorprendido por lo bien que conocía ya sus gustos.

Isoc se esforzó en participar más de lo habitual en la conversación, y no tardó en darse cuenta de lo mucho que necesitaba hablar con alguien.

Apenas quedaban una docena de libros por poner en el mostrador, cuando Linux pareció acordarse de algo.

-Por cierto, ¿cómo vas de música?

-Como siempre, no tengo nada nuevo desde la última vez...

-¡Tienes que escuchar esto! -Linux entró en el mostrador, cogió un disco de funda roja y lo puso en el tocadiscos que había sobre el mini bar.

-¿Qué es?

-Paciencia...

Linux colocó la aguja sobre el disco, cerró los ojos y se quedó con la cabeza ligeramente inclinada, como el que espera captar en el aire la esencia de un perfume. Isoc también cerró los ojos y se concentró en escuchar con atención.

Pronto se coló en la librería el sonido de un arpa y un piano, las puntillosas pisadas de un hada perdida en un mundo extraño, saltando entre las flores, avanzando con cautela, pero con curiosidad de aventurera. Tras unos instantes, al no percibir peligro, la pequeña hada parece confiarse y llena de brío su vuelo, se eleva por encima de las flores y el bosque y recorre el paisaje haciendo cabriolas en el aire que resuenan a flauta y oboe.

La pequeña hada es tan feliz descubriendo el nuevo mundo que no parece percibir la grave amenaza que anuncian los timbales. Algo la está siguiendo con la determinación de un depredador. El perseguidor espera su momento para lanzarse sobre el hada, los timbales suenan cada vez con más fuerza, acompañados de los trombones y la tuba, la bestia es inusualmente rápida para lo grande y pesada que es, los demás animales del bosque se van apartando a su paso mientras el hada, a varios metros de altura, sigue ensimismada y coqueta, deleitándose en sí misma.

Al descender el hada para mojarse la cara en un riachuelo, el depredador lanza de un latigazo su larga y pegajosa lengua para atraparla, pero el hada consigue esquivar el ataque por poco y emprende la huida llena de pánico, su vuelo se llena de violines y violas huyendo de los trombones.

Para espanto del hada, la bestia que la persigue es capaz de saltar con mucha fuerza y elevarse cientos de metros por encima del suelo, impulsada por sus enormes patas, que suenan a violonchelo.

La persecución sin tregua acaba extenuando a la pequeña hada, a la que cada vez le cuesta más escapar de los ataques. Su muerte es inminente, el sonido de su vuelo se va perdiendo entre las pisadas de la bestia, que sabe que está cerca de alcanzar a su presa...

Pero entonces suena brevemente un clarinete y todas las criaturas hacen la reverencia, la persecución se detiene y el bosque contiene el aliento, una presencia poderosa parece haber intervenido justo a tiempo.

En ese momento, la voz clara de una soprano de coloratura sorprendió a Isoc como una aparición. La voz de la mujer, tan pura y llena de emoción, le atravesó como un arpón de hielo. Las protectoras palabras de la reina del bosque le llegaban como si cruzaran un plano distinto de existencia, como si su voz hubiera sido capaz de rajar como un cuchillo la cortina del espacio tiempo para hacerle llegar la luz de su mundo.

Llevaba meses sin escuchar la voz de una mujer, y ahora tenía que enfrentarse a la voz de una diosa, a la voz de la reina del bosque y las ninfas.

Isoc notó cómo su pecho se contraía de la emoción y se abrían de golpe todas las puertas que tanto esfuerzo le costaba mantener cerradas. Pronto, el dolor y los recuerdos recorrieron su cuerpo como presos a la fuga.

-Páralo, páralo, ¡que lo pares! –le gritó al librero.

Linux, sorprendido y un poco ofendido por que le pidiera detener de golpe algo tan hermoso, acabó por obedecer al ver que Isoc no se encontraba nada bien.

Cuando Linux detuvo el disco, Isoc tenía los ojos humedecidos de ira.

-Ya te lo dije. Sólo música instrumental.

Linux guardó el disco en la funda y terminó de hacer la selección de libros que Isoc se iba a llevar. La librería se llenó de un denso silencio, sólo se oía la respiración de los libros.

Cuando terminó la selección, Isoc pagó a Linux, y éste le ayudó a meterlo todo en el coche. Isoc estaba cerrando la puerta del maletero para irse, cuando Linux le tendió la mano para despedirse.

Isoc aceptó la invitación del librero y le apretó la mano.

-Me hubiera gustado conocerte antes del accidente. Quizá hubiéramos sido amigos -dijo Linux.

Isoc miró a Linux sin dar crédito. Deseó golpearle, reventarle la cara contra un muro, arrancarle la boca de cuajo. ¿Quién era él para decirle algo así? ¿Qué sabía él de cómo era antes? ¿Qué sabía él de su dolor?

Isoc le retiró la mano al librero, se metió en el coche y arrancó lo más rápido que pudo. Isoc condujo hasta su casa aferrando con fuerza el volante, recitando los versos de aquel viejo poema infantil como si escupiera clavos.

Al llegar a casa, descargó los libros y los fue dejando en el suelo del salón para colocarlos más tarde por temas y tamaño. Isoc comprobó en el contestador que no le había llamado nadie, empezaba a inquietarse. Era el final de octubre, y Janus Chenock seguía sin llamar. Janus solía mudarse a su casa en el sur a principios de noviembre, y lo normal era que a mediados de octubre le llamara para preguntarle si podía cuidarle la casa un año más, durante el invierno. Así lo había hecho los dos años anteriores.

Isoc cuidaba la casa de Janus Chenock durante el invierno, y la de Alekhine Lasker durante la primavera. El resto del año, si no encontraba trabajo como vigilante de incendios, lo pasaba en su casa sobreviviendo gracias a trabajos esporádicos como vigilante nocturno en alguna nave.

Normalmente, la generosidad de Janus y Alekhine a la hora de pagar, sumada a su austeridad, le permitía aguantar todo el año, pero que Janus decidiera prescindir de sus servicios ese invierno era un imprevisto con el que no había contado, y que podía ponerle en apuros.

La manera más rápida de salir de dudas era llamar a Janus y preguntarle cuáles eran sus planes, y si iba a contar o no con él para cuidarle la casa. Pero Isoc sabía que una llamada como ésa podía resultar violenta, y hacer sentir a Janus presionado. Tendría que seguir esperando, por lo menos una semana más.

Isoc decidió salir a cortar algo de leña para liberar tensión y despejar la mente. No estaba siendo un buen día.

Isoc estuvo cortando leña durante más de una hora. Por más que lo intentó, no pudo evitar pensar en lo que le había dicho Linux. Aquel librero estúpido sólo pretendía ser su amigo, pero él ya no estaba capacitado para la amistad. Sólo quería estar solo y olvidar. Sobre todo olvidar.

Después de cortar leña, Isoc comió algo y ordenó los libros que había comprado. A media tarde se preparó un café, encendió la chimenea y se sentó a leer la biografía de Leopoldo Durtant. Como siempre que se sentaba a leer en el sillón, Junic acudió hasta él, trepó por su pierna y se acurrucó en su regazo.

La gata transmitía un agradable calor. La cadencia de su respiración vibrando sobre su vientre le resultaba muy relajante.

Como era habitual, al ver a Junic en el regazo de Isoc, Saria se acercó a ellos y se acurrucó a los pies del hombre. A veces Isoc pensaba que Junic le quería de verdad, que sentía un verdadero afecto por él. Muchas veces, cuando aquellos ojos azules y marrones le miraban, lo hacían con una ternura casi humana. En cambio con Saria no había lugar a dudas: cada gesto, cada acción de esa gata era interesado y calculado. Si la gata se acercaba a él, era porque Junic lo había hecho antes, y Saria intuía que si ella no hacía lo mismo, Junic podía gozar de un trato preferente, como de hecho ya sucedía. Los gestos de afecto de Saria siempre tenían algo de obligatorio, de fingido.

Isoc estuvo leyendo hasta el anochecer. Después les cambió el agua a las gatas, cenó una ensalada, y subió a ducharse.

Isoc quería evitar por todos los medios volver a tener un sueño como el de la noche anterior, así que se masturbó en la ducha para intentar evitarlo. Isoc solía masturbarse antes de irse a dormir, pero aun así no siempre conseguía evitar soñar con mujeres, como tampoco lograba librarse de las pesadillas con su mujer.

Isoc se masturbó sin pensar en nadie, de una manera mecánica, consiguiendo la erección a base de acariciar su pene con la mano y recorrer el glande suavemente con los dedos, dejando que los impulsos de la sangre y el cuerpo hicieran el resto.

Después de eyacular, limpió el suelo de la ducha, recogió el baño, se puso unos calzoncillos y se metió en la cama deseando no soñar. Deseando que los recuerdos, tan avivados durante todo el día, no le devastaran...

Se despierta en el coche. Sentado en el asiento del copiloto. La lluvia cae con fuerza. Los limpiaparabrisas apenas dan abasto para retirar los cadáveres del temporal. Sentado junto a él, conduciendo, va Piot, fumando un cigarro y tarareando una canción. Detrás viajan Yery, Nico y Bernard.

En el coche que va delante de ellos, guiando el camino, viaja Maret, su mujer, Keiko, la mejor amiga de ella, y parte del equipo de montaña que no ha entrado en los maleteros y que llevan en los asientos de atrás. Maret es la que conduce. Keiko no tiene el carné.

Isoc piensa que seguramente su mujer llevará todo el viaje despotricando de él con su amiga. Se han pasado la noche en vela, discutiendo como salvajes.

Es entonces cuando Isoc comprende que ha vuelto de nuevo al día del accidente. Su mente le ha traído de vuelta una vez más. Y vuelve a tener la oportunidad de evitarlo.

Isoc se vuelve enseguida a Piot y le pide que detenga el coche, pero su amigo no parece escucharle y sigue conduciendo, tarareando una canción de la radio. Isoc le grita para que frene, pero nadie en el coche parece escucharle. Todos se comportan como si no estuviera. Alterado, Isoc se lanza sobre Piot, le agarra de los brazos, le tira del chaleco y le golpea con fuerza en la cara, pero Piot sigue conduciendo sin inmutarse, sin mirarle siquiera. Sus brazos parecen hierros soldados al volante. No hay manera de separarlos. Isoc intenta tirar del freno de mano, pero no es capaz de moverlo, y se pone a pulsar frenético las luces de intermitencia para que su mujer vea que algo no va bien y se detenga, pero el coche de delante sigue su camino y el tiempo se le acaba. Isoc intenta bajar la ventanilla para asomarse y avisar a su mujer, pero por más que

gira la manivela de la puerta, el cristal no baja. Intenta romperlo con el codo, pero al cargar el brazo se siente tan débil y agotado que sus golpes apenas llegan a tocar el cristal.

Desesperado, se quita el cinturón de seguridad dispuesto a hacerse con el vehículo o saltar en marcha si hace falta, con tal de llamar la atención y que paren, con tal de no seguir avanzando.

Al ir a moverse, comprueba que aún tiene el cinturón puesto. Isoc vuelve a desabrocharlo, pero al ir a levantarse ve que está abrochado de nuevo.

Mientras lucha por zafarse, termina la canción que estaba sonando en la radio y comienza otra. La voz de una cantante de jazz entona las primeras estrofas de “Mr. Rodbury”. Al oír la canción, Isoc sabe que apenas le queda tiempo, enseguida llegarán a la curva. Isoc la emprende a patadas contra la luna del coche, pero es inútil, la canción sigue su curso, y el coche de su mujer también. Isoc sabe que esta vez tampoco va a poder salvarla, pero por lo menos puede intentar despertar, salir de la pesadilla. Conoce todo lo que va a pasar después, lleva años soñando con lo mismo, y si hay una posibilidad de escapar, de despertar a tiempo, de no ver más, de no seguir recordando, debe intentarlo.

Isoc empieza a darse cabezazos contra la guantera del coche, quiere despertar, salir de ahí como sea. Se araña la cara, se golpea el pecho, pero por más que lo intenta no logra despertar. Ya puede ver la curva...

Lonely man, Mr. Rodbury, dreaming a love letter ...

En ese momento, algo, una pequeña sombra, un animal, quizá una ardilla, se cruza en la carretera. El coche de su mujer hace un extraño, pierde el control, atraviesa el quitamiedos y desaparece por completo. Devorado por la noche.

De golpe, el Isoc del pasado está luchando con sus amigos para sacar el kit de descenso del maletero. Sus amigos intentan impedirse, se niegan a ayudarlo, pero él está ciego de dolor y no atiende a razones. Primero les amenaza con una navaja, y después, al ver que eso no surte efecto, amenaza con cortarse las venas si no le ayudan a bajar. Es imposible hacerle entrar en razón.

Isoc no es estúpido, sabe que no va a poder salvar a su mujer, y que lo más probable es que ya esté muerta, pero si su mujer no ha muerto en el acto, si todavía está viva, si está agonizando ahí abajo, si aún le queda un suspiro de vida, Isoc quiere estar con ella, despedirse, acompañarla hasta el último momento.

El Isoc del presente lo contempla todo, impotente, sumido en el sueño, atrapado en el interior del recuerdo, incapaz de intervenir, de convencerse a sí mismo de que no lo haga, que no descienda por el barranco, que no vea, que no mire.

La mente de Isoc omite los recuerdos del descenso casi a ciegas, de la lluvia calándole, de la sensación de no llegar nunca donde están las bengalas marcándole el camino, custodiando el coche convertido en un garabato. Su subconsciente salta sobre los recuerdos para no darle tiempo a despertar, para que tenga que verlo todo de nuevo.

Isoc llega cerca del coche, que ha quedado volcado sobre el lado derecho. Parece el despojo de un animal con las tripas fuera. Isoc camina con cuidado, rastreando la oscuridad con su linterna, evitando las piedras y las zonas más embarradas. A medida que se aproxima al vehículo, va encontrando por el suelo cajas de casete, un bote de refresco, un pequeño peluche lleno de barro y varios utensilios de escalada: cuerdas, piolets, arneses, un casco. Al hacer un barrido con la linterna, Isoc encuentra un brazo en el suelo, seccionado a la altura del húmero. Isoc contempla el brazo tendido sobre la hierba, con la palma de la mano abierta, recibiendo la lluvia. Por la tela y el color de la manga, parece el brazo de Keiko.

Isoc hace otro barrido con la linterna y encuentra el cuerpo de Keiko, varios metros más abajo, en una postura imposible, como una muñeca de trapo tirada en una esquina.

Isoc coge aire, aprieta los dientes y se dirige a la zona del conductor. Intentando mentalizarse para lo que va a ver.

La capota del coche está medio arrancada, la lluvia cae sobre el cuerpo de su mujer, que ya suena a muerto cuando el agua tintina sobre él. La parte delantera del coche, completamente aplastada, ha triturado las piernas de Maret y las ha empujado hacia atrás hasta empotrarlas contra el pecho, dejando a la vista varios huesos astillados. La mitad de la cara de Maret cuelga como un pellejo. Parte del equipo de montaña que llevaban atrás, convertido en metralla en el momento del accidente, se ha clavado a su antojo por todo el coche. Hay trozos de metal incrustados en la guantera y el volante. Una esquirla de metal ha atravesado la tráquea de Maret, y sobresale de su cuello con un brillo de sangre metalizada.

Los dos Isoc, el del pasado y el del presente, intentan apartar la vista, pero no pueden. Su cuerpo no se mueve, su mente no comprende que ese amasijo de carne muerta sea su mujer, que aquel cuerpo haya tenido vida alguna vez, que haya reído, que haya hecho el amor, que haya discutido con él. Sin que Isoc pueda hacer nada por evitarlo, aquella imagen queda impresionada en su retina con tal fuerza, con tal fidelidad, que años después aún puede recordar hasta el más mínimo detalle. Es el precio que debe pagar por su insolencia, por pensar que podía ver el infierno sin que se le cegaran los ojos.

Finalmente, Isoc despierta en su cama, empapado en sudor, sollozando, intentando volver a respirar. Aún es noche cerrada, la oscuridad en la habitación es total. Isoc busca a tientas el interruptor de la luz; cuando lo encuentra, lo enciende con miedo, temeroso de descubrir el cuerpo desfigurado de su mujer en mitad de la habitación, de pie, mirándole. No sería la primera vez que le pasa, que aún puede seguir la estela de un sueño al despertar.

Cuando se hace la luz, la habitación está vacía y en calma. Isoc se incorpora en la cama, intenta controlar la respiración, el llanto. Muy despacio, se levanta de la cama y se tumba en el suelo, mirando al techo. Le gusta la dureza del suelo, le hace sentir más seguro, en tierra firme. Isoc se concentra en la lámpara que cuelga justo sobre su cabeza, en su forma ovalada, en su quietud perfecta. Isoc está mirando la lámpara cuando comienza a oír un extraño jadeo, un jadeo débil y angustioso que proviene de debajo de la cama. Isoc, sorprendido, lleno de pánico, levanta un poco la cabeza y mira escrutando lo que se esconde bajo el colchón.

Parece una mujer. Está justo frente a él, tumbada boca abajo, la melena le tapa la cara, le tiemblan las manos. Al notar la mirada de Isoc, la mujer comienza a salir arrastrándose por el suelo. Isoc ve que se trata de una mujer de unos treinta años, completamente desnuda. La mujer sigue jadeando, parece un cachorro asustado. La mujer avanza hacia Isoc sin levantar la vista del suelo, como si siguiera un rastro. Isoc se echa hacia atrás, intentando mantener la distancia, pero la mujer no le deja, gatea rápidamente hasta él y se le echa encima.

Isoc intenta zafarse, pero la mujer tiene una fuerza inhumana, y tan solo con ponerle la mano en el pecho le inmoviliza. La mujer, que sigue gimoteando, llena de ansiedad, le quita con la mano libre la ropa interior, y comienza a lamerle los testículos y el pene con una ferocidad desesperada, como si sólo eso pudiera calmar su dolor. El pene de Isoc responde a la boca de la mujer, y se empalma de inmediato. La mujer acaricia sus huevos mientras sigue chupándole el pene, cada vez más rápido y de forma frenética, a medida que éste va creciendo en su boca.

Isoc no puede evitar gemir de placer. Siente que su polla está a punto de reventar. La mujer sigue sin soltarle, recorriendo su pene de arriba abajo, pasando sus suaves labios por encima de las venas, cada vez más hinchadas, desbordadas por la excitación.

Isoc eyacula en la boca de la mujer, que no se detiene, y sigue lamiéndole la polla con más fuerza todavía, como si quisiera extraerle hasta la última gota. Isoc se hunde en el suelo, sumido en un prolongado espasmo de placer. La mujer, aparentemente saciada, le lame el glande lentamente, y recoge con la punta de la lengua las últimas gotas de semen que resbalan hacia abajo.

Isoc mira a la mujer, que por primera vez levanta la vista y revela su mirada. La mujer le mira con los ojos muy abiertos. Tiene unos ojos enormes de pupilas muy afiladas. Un ojo es de color marrón, el otro es azul.

Isoc se despertó en su cama empapado en sudor y sexo. Encendió la luz de la habitación, se quitó los calzoncillos y se acercó trastabillando a la ventana.

Abrió la ventana y se asomó al exterior. El aire le trajo el olor de los abetos y envolvió su cuerpo desnudo como una manta. La silueta del Puño del Diablo se intuía al fondo, enorme, poderosa, vigilante.

Isoc contemplaba la manera de mecerse de los árboles con el viento, semejante a la de enormes nazarenos en procesión, cuando le pareció ver un destello azul moviéndose muy rápido entre las copas, a tan solo unos metros de su ventana.

El destello desapareció camuflado entre los árboles, que parecían susurrarse entre ellos, divertidos con el juego. Pasado un tiempo sin que hubiera ningún movimiento, sin nada que llamara su atención, Isoc empezó a dudar de lo que había visto, a pensar que quizá sus ojos dormidos le habían jugado una mala pasada.

Pero la luz apareció de nuevo. El pequeño punto de luz zigzagueó entre los troncos con un zumbido muy intenso, como si le siguiera todo un enjambre de abejas. Después subió completamente en vertical, y se detuvo un segundo frente a Isoc, que lo observó sin dar crédito a lo que veía.

Lo que Isoc tenía frente a él era un colibrí de neón azul, con un marcado esqueleto eléctrico, aleteando sus alas a muchísima velocidad. El rápido aleteo del pájaro era lo que provocaba el intenso zumbido que Isoc había percibido antes, y que ahora se le hacía insoportable a los oídos.

El colibrí le miró durante un instante, después dio media vuelta y se alejó a toda velocidad trazando curvas en el aire, en dirección al Puño del Diablo.

Aturdido, desubicado, Isoc volvió a dudar si todo aquello no sería tan solo un sueño más, una cruel ilusión de vigilia, otra muñeca rusa que debería abrir para por fin poder despertar, pero la sensación del aire pegándose a su cuerpo, el olor del bosque, todo era demasiado real para ser un sueño, lo que convertía la visión de aquel pájaro de neón en algo todavía más irreal.

Isoc se puso unos pantalones vaqueros y una camiseta y bajó al salón. No tenía ánimo ni fuerzas para intentar volver a dormir.

Los ojos de Saria brillaban en la oscuridad del salón cuando él bajó. Le miraban con desprecio, corroborando que se había desvelado una noche más.

Isoc se sirvió un vaso de güisqui, puso en el tocadiscos la Sonata del pastor, de Zizak Sivanne, se sentó en el sillón y abrió la biografía de Durtant por donde la había dejado unas horas antes.

Llevaba leídas veinte páginas cuando se acercó a él Junic, recién levantada, bostezando y estirándose. La gata, sorprendida de encontrarle leyendo tan de noche, le miró con sus ojos azules y marrones y empezó a escalar por la pierna del hombre, pero Isoc la detuvo antes de que llegara a su regazo y volvió a ponerla en el suelo.

La gata maulló una queja y volvió a intentar subir al regazo de Isoc, pero éste la volvió a bajar. Junic se revolvió, tanteó el espacio con una pata en el aire, intentando averiguar en qué se estaba equivocando, qué estaba haciendo mal. Maulló a Isoc buscando una respuesta, pero él no la miraba, o por lo menos fingía no hacerlo, simulaba estar demasiado concentrado en la lectura como para hacerle caso.

Junic lo volvió a intentar una vez más. Isoc, enfadado por su insistencia, gritó a la gata, la cogió en volandas y la encerró en el almacén. Saria, que lo estaba viendo todo desde su hueco favorito de la estantería, se quedó muy sorprendida con la actitud del hombre. No era normal que tratara así a Junic, no había motivo.

Isoc, incómodo, volvió a sentarse en el sillón y se centró de nuevo en la lectura. Deseaba meterse tanto en el libro como para perder la noción de las horas y dejar de escuchar a su corazón golpeándole el pecho.

Saria, con prudencia, bajó de la estantería, se acercó despacio hasta el almacén y se hizo un rebusco junto a la puerta, donde se quedó el resto de la noche.

Durante aquella noche, Isoc vio asediada su lectura por una constante y aguda sensación de amenaza. Cada pequeño sonido, cada respiración de la casa, le alteraba, le ponía en alerta. Si el viento sonaba un poco más fuerte tras la ventana, Isoc se imaginaba a su mujer espiándole tras los cristales, con el cuerpo vencido y la cara colgando, llena de rencor, dolida porque él soñaba con otras mujeres. Llena de tristeza porque su marido se negaba a recordarla.

Si Junic arañaba la puerta del trastero para salir, Isoc pensaba que tras la puerta estaba la mujer con la que había soñado, arrastrándose desnuda por el suelo, gimiendo como una niña salvaje y hambrienta. Enferma de sexo, reclamándole para apaciguar su dolor.

A veces, cuando la vista le traicionaba y la luz parecía fluctuar tras él, Isoc creía percibir la figura de su mujer, de pie, justo a su espalda, acercando lentamente sus dedos, despellejados y sangrientos, para acariciar su cabello. Y al imaginarla detrás de él, Isoc no podía evitar que el vello de su nuca se erizase, como magnetizado por la presencia invisible que Isoc dibujaba con tanto detalle, con el trazo seguro del que repite un retrato esbozado hasta la saciedad.

Ver el cuerpo destruido de su mujer la noche del accidente le había negado a Isoc el consuelo de los viudos, el de poder recordar cómo era su esposa en vida, y habitar durante horas, quizá días, los recuerdos más felices junto a ella. Lo que vio aquella noche entró en su mente con una fuerza tan devastadora que contaminó como un virus el resto de recuerdos que Isoc tenía de su mujer. Desde aquella noche, cada vez que Isoc invocaba el recuerdo de su esposa, su mente le entregaba el recuerdo corrupto, y la imagen de su mujer deformada, hecha trizas, suplantaba a la real, la que él tenía de Maret viva. La mente de Isoc se había convertido en

un álbum lleno de fotos rayadas. Desde aquella noche, su mente le declaró la guerra, se convirtió en su peor enemigo, en un parásito molesto que roía su cordura. Cualquier cosa, por pequeña que fuera, que alimentara mínimamente el recuerdo de su mujer, era utilizada por su despiadada mente para descargar sobre su conciencia una ráfaga de imágenes atroces.

Al principio, Isoc pensó que semejante tortura era algo temporal, que lo acabaría superando, pero según pasaban los meses comprendió que el problema era mucho peor de lo que imaginaba, y que lejos de remitir empeoraba cada vez más.

Llegó un momento en el que Isoc se vio obligado a donar la ropa de su mujer, esconder todas las fotos y deshacerse de cualquier elemento de la casa que le recordara a ella. Pero eso no fue suficiente. Isoc descubrió que tampoco era capaz de ver a los amigos que tenían en común, a las personas con las que había compartido momentos con ella, porque al verlos le asaltaban los recuerdos y enseguida llegaban de nuevo las imágenes. Así que se alejó de todos y se quedó solo. Terminó por vender la casa y volvió a su pueblo natal, donde aún tenía la casa de sus padres.

Isoc pensó que al volver a su pueblo podría encontrar la paz, pero aquella imagen de su mujer le perseguía con rabioso ahínco, y su mente, deseosa de perder la razón del todo, no tardó en encontrar otros asideros con los que poder resucitar su recuerdo.

Pronto comprobó con horror que estando con gente, aunque le fuera totalmente desconocida, tampoco estaba a salvo. Sobre todo al estar con mujeres. Isoc siempre encontraba en ellas, en sus gestos, sus inflexiones de voz, en su manera de recogerse el pelo, de liarse un cigarro, de mirar, de caminar, de vestirse, en su manera de reír, ecos de su mujer. Y en cuanto Isoc encontraba alguno de esos ecos, le resultaba imposible seguir viendo a esa persona.

Así que Isoc se compró un par de gatas, se alejó de todos y se recluyó en su casa. Al cabo de un tiempo tiró la televisión y dejó de escuchar música que no fuera instrumental. Su mente, ya muy arrinconada, también lo usaba en su contra.

Isoc estuvo leyendo toda la noche y parte de la mañana, hasta que a las doce sonó el teléfono. Era Janus Chenok. Quería saber si ese año Isoc también estaba disponible para cuidarle la casa. Isoc le dijo que sí, que por supuesto, y acordaron los detalles.

Los dos hombres conocían bien el protocolo, y no tenían intención de cambiarlo; Isoc llegaría a la casa justo un día después de que Janus se hubiera ido. Al llegar, encontraría las llaves de la casa escondidas en el tronco del árbol con forma de candelabro y, como siempre, en ese manajo faltaría la llave de una de las habitaciones, la de la tercera planta, que permanecía cerrada, y cuya luz siempre debía estar encendida. Isoc no sabía lo que había allí, ni le importaba. Ni siquiera había tenido nunca la tentación de asomarse por la ranura de la puerta, o de hacer pantalla con un pequeño espejo para descubrir qué aspecto tenía la habitación. Él respetaba los secretos y las manías de Janus, porque él también respetaba las suyas, y era uno

de los pocos, junto con Alekhine, que no intentaba cambiarle, ayudarle a salir del pozo. Janus se limitaba a echarle comida al agujero.

Finalmente, Janus le dijo a Isoc que tendría que ir a su casa dentro de cuatro días. Isoc se mostró de acuerdo, y los dos hombres se despidieron. Al colgar el teléfono, Isoc se sintió aliviado. Pensó que le vendría bien un cambio de aires.

Más animado por la llamada, ilusionado por la perspectiva del viaje y por la renovada seguridad económica, Isoc se preparó un buen desayuno consistente en un plato con huevos revueltos, un filete de ternera, patatas fritas y una taza de café. Después de desayunar, se puso las botas de montaña, sacó dos latas de comida para gatos y las sirvió en los cuencos. Saria le miró mientras echaba la comida en el plato, pero no se movió de la puerta del almacén.

Isoc se acercó hasta la puerta, Saria levantó la vista como si un gigante le tapara el sol, y se apartó desconfiada. Isoc abrió la puerta del almacén y se alejó camino de la entrada antes de ver salir a Junic maullando lastimosamente.

Saria esperó a que Junic se uniera a ella, y las dos gatas se fueron directas a la cocina, donde les esperaba su comida.

Isoc se puso la cazadora y salió de la casa dispuesto a dar un largo paseo. El bosque, con los árboles teñidos de rojos y naranjas, estaba tan hermoso y lleno de color que Isoc tuvo la sensación de penetrar en un cuadro. Con el suelo de hojas caducas crujiendo bajo sus pies, paseó durante horas, intentando prolongar la sensación de paz lo máximo posible. Al llegar junto a un

riachuelo, se sentó bajo el tronco de un árbol, cerró los ojos y, mecido por el suave murmullo del bosque, se imaginó metiendo los malos pensamientos y las pesadillas en pequeñas cestas de mimbre, que después echaba al agua para ver cómo la corriente se las llevaba.

El sonido de las hojas tiritando con el viento y la continua cadencia del agua le fue calando a poco a poco, como una gotera, hasta que su conciencia quedó adormilada, y todos los sonidos y olores que había a su alrededor se fueron alejando muy despacio, como una madre que tras dormir a su hijo le deja en la cuna y se retira de puntillas.

Al abrir los ojos de nuevo, Isoc se descubre rodeado de la oscuridad más absoluta. Sigue oyendo el sonido del riachuelo, pero ahora suena distinto, más sombrío. Isoc apenas percibe la forma de los árboles a su alrededor, se han convertido en meros socavones en la oscuridad. Se levanta lamiendo con su espalda el tronco del árbol bajo el que se ha dormido. Ese árbol y el sonido del riachuelo son sus únicas referencias de dónde está. Isoc mira al cielo, buscando en las estrellas un mapa que le diga qué camino debe coger, hacia dónde debe ir para volver a casa, pero el cielo parece bañado por crudo, no se ve nada, ni una sola estrella, ni siquiera la luz de la luna. No hay nada a lo que poder agarrarse, no hay rastro de migajas que seguir. La oscuridad se lo ha comido todo.

Isoc no se explica cómo ha sido tan estúpido, cómo ha podido quedarse dormido tanto tiempo. Está completamente perdido. A merced del bosque, que le espía con sorna, mientras sus ojos buscan un punto de luz, abrasados por la más absoluta negrura. Isoc sabe que intentar volver a casa en su situación es una locura, ni siquiera tiene una mísera linterna para

alumbrarse un poco, así que decide pasar la noche en el mismo sitio, sin moverse, esperando a que el sol salga y vuelva a llenar el bosque de colores y luz, y él pueda hacer todo el camino de regreso maldiciendo, insultándose a sí mismo por caer en un error tan de novato.

Isoc vuelve a sentarse en el suelo, recoge sus piernas con los brazos, y se centra en respirar con calma, en intentar acostumbrar sus ojos a la nada. La vida del bosque le llega con una nitidez incómoda, todo parece sonar muy cerca, todo parece a punto de rozarle el codo.

A lo lejos, una lechuza parece anunciar la hora, mientras Isoc escucha a un animal corretear por el suelo y detenerse de golpe. De pronto, se oye a otro animal corretear sobre las hojas, se escucha un chillido agudo, una pelea a vida muerte en la oscuridad. Después uno de los animales emite un último sonido, y la lucha termina. A partir de ese momento, sólo se oye cómo el otro animal arrastra el cuerpo de su presa, y cómo se lo empieza a comer a pequeñas dentelladas, arrancando la carne a tirones.

Isoc está escuchando comer al animal, cuando percibe movimiento muy cerca de él. Esta vez no hay duda, algo se ha movido a menos de un metro. Isoc nota cómo su cuerpo empieza a bombear adrenalina, su postura se tensa, se pone en alerta. Isoc escucha un sonido de pisadas frente a él, el silbido de la ropa al rozar con el cuerpo. Hay alguien frente a él. Isoc intenta decir algo, pero no le sale la voz. Al escuchar las pisadas, se da cuenta de que sea quien sea la persona que está frente a él, no está caminando a oscuras, está bailando.

Isoc se levanta muy despacio, intentando no hacer ruido, no respirar, aunque el miedo le castigue el estómago y le haga resollar. Ya de pie, Isoc extiende los brazos y empieza a palpar la oscuridad, en busca de una salida. Sea quien sea lo que está junto a él, sigue bailando muy despacio, en un palmo de terreno.

Isoc empieza a caminar, sus pisadas suenan a hojarasca, pero la presencia parece no inmutarse y sigue bailando a su lado, imperturbable. Isoc avanza a pasos cortos, apoyándose en el vacío con las manos, procurando no perder el equilibrio. Pisada a pisada, logra alejarse de la presencia y se interna en el bosque. Isoc camina a ciegas durante un tiempo inconmensurable, tropezando con piedras y enormes raíces que emergen de la tierra.

Isoc siente que lleva toda la noche caminando, pero se imagina que en realidad apenas habrá avanzado unos cuantos metros y que, si amaneciera de pronto, aún podría ver el árbol bajo el que se durmió y el riachuelo.

Al superar un pequeño montículo, Isoc ve a lo lejos una potente luz que perfila los árboles y crea finas grietas de luz en la oscuridad del camino. Isoc se acerca lo más deprisa que puede al origen del destello.

Al llegar a un claro del bosque, descubre de dónde viene la luz. El coche destrozado en el que murió su mujer está flotando a varios metros del suelo, chorreando agua y aceite, con los faros encendidos, apuntando al bosque como el foco de un escenario. Isoc no puede evitar acercarse, sus pies le llevan hasta el centro del claro, a tan solo un par de metros del coche, que se sostiene en el aire con una perfecta consistencia.

Isoc no mira hacia arriba, no busca a su mujer en el asiento del piloto, se centra en mirar hacia donde apuntan los focos, que han convertido los troncos de los árboles en un tétrico decorado. Isoc no puede apartar la vista de los árboles, iluminados por esa luz tan blanca y tan dura que parece que les estuviera interrogando.

No tardan en escucharse sonidos de pisadas que provienen de esa zona. Alguien está llegando al centro del escenario. Una mujer con el cuerpo quebrado, vestida con unos pantalones sucios y un jersey de rombos mojado, aparece entre los árboles bailando muy despacio, como una sonámbula, dándole la espalda a Isoc. La mujer parece llevar el ritmo de la música con su mano, que le cae lánguida sobre la pierna y hace remolinos en el aire. En el lado izquierdo, a la misma altura, sólo hay un vacío que empieza pasado el codo, con la rotura de la manga.

La mujer sigue bailando muy despacio, como un títere colgando de sus hilos. La mujer empieza a tararear una canción, con lentas exhalaciones, como si estuviera aspirando la canción del aire, intentando volver a meterla dentro de su cuerpo.

Al principio a Isoc le cuesta reconocer la canción, pero a medida que la mujer va tarareando, consigue reconstruirla en su mente, hasta que el título le llega con la misma claridad de siempre. La mujer está cantando “Mr. Rodbury”.

Isoc observa a la mujer, que sigue tarareando la canción con dificultad, en una agonía interminable, sin volverse en ningún momento hacía él.

Lonely man, Mr. Rodbury, dreaming a love letter ...

Nada más terminar esa frase, la mujer cae al suelo y es arrastrada hacia atrás por una fuerza invisible, como si hubieran atado sus piernas a un caballo desbocado. La mujer recorre la distancia que la separa de Isoc en pocos segundos, con su cara pegada al suelo y las piernas muy juntas. La mujer parece atraída por Isoc, que ve cómo se dirige hacia él a toda velocidad. Isoc intenta apartarse, pero no es capaz, sus músculos no responden. En el último momento, Isoc logra abrir las piernas, la mujer pasa por debajo y desaparece tras su espalda. Isoc se queda quieto. Puede notar cómo la mujer se yergue tras él, y comienza a reír como si tuviera la boca llena de óxido y arena. Es una risa feroz, demenciada. Isoc no es capaz de moverse ni un centímetro. Está paralizado de miedo. Sólo puede cerrar los ojos y esperar a que todo pase pronto.

Al abrir los ojos, Isoc se encontró junto al riachuelo. La luz del día le cegó ligeramente. El sol había descendido, empezaba a atardecer, pero aún tenía tiempo de volver a casa antes de que cayera la noche. Isoc se mojó la cara en el riachuelo, y emprendió la vuelta a casa con el estómago revuelto.

Cuando entró en casa, se encontró a las dos gatas tumbadas en el suelo, inmóviles, como dos efigies, mirándole fijamente. Al acercarse a ellas camino de las escaleras, las gatas se separaron y cada una se fue por un lado. Junic se resguardó junto a la chimenea, Saria se metió debajo del sillón.

Isoc subió a su habitación, se quitó la ropa y se dio una larga ducha con agua caliente. Al salir, se puso una camiseta y un pantalón de chándal, y bajó al salón.

Isoc cenó una ensalada y una copa de vino. Después se sentó en el sillón dispuesto a terminarse el libro sobre Durtant. Esta vez, Junic no se acercó a él, se quedó en la estantería, tumbada tras los libros. Cerca de Saria.

Poco antes de la medianoche, Isoc se terminó el libro, se levantó del sillón, estiró la espalda y seleccionó otro libro de la estantería, uno fino, de tapa dura y hojas amarillentas, titulado “Galindo Arnalt, vida de un caballero.” Isoc dejó el libro sobre el sillón, y fue hasta la cocina a prepararse un vaso de güisqui.

Estaba cogiendo un vaso del armario cuando notó un extraño murmullo. Un zumbido constante, eléctrico. Isoc se acercó a la nevera para comprobar si el ruido venía de ahí, pero la nevera sonaba como siempre. Isoc se quedó quieto, mirando hacia el salón, buscando aquel sonido con la mirada. Isoc llegó a la conclusión de que el ruido no era fijo; se movía, su intensidad variaba, parecía alejarse y volver a acercarse, era como si se hubiera colado en casa un enorme abejorro que no era capaz de ver. Isoc cogió un paño de la cocina, lo enrolló con fuerza y entró al salón blandiendo el mazo de trapo, afinando el oído. Las gatas también parecían estar escuchando el molesto sonido: tenían la cabeza erguida, con las orejas muy abiertas, y sus ojos transmitían un profundo extrañamiento. A medida que se acercaba a la ventana, Isoc notó cómo el zumbido se hacía más intenso. El ruido venía de fuera. Isoc abrió la

puerta y salió al exterior. La noche estaba en calma. No se escuchaba nada. Tan solo el bosque movido por el viento.

Isoc entró en casa y cerró la puerta. El ruido había desaparecido. Isoc volvió a la cocina, terminó de prepararse el vaso de güisqui y se sentó en el sillón a leer las andanzas de Galindo Arnalt.

El zumbido, mucho más intenso y crispado, chocó contra el cristal de la ventana.

Isoc, sobresaltado, se giró hacia la ventana. Al otro lado, centelleando en la oscuridad de la noche, estaba el pájaro de neón azul, envistiendo con una determinación kamikaze el cristal. El sonido que emitía su aleteo era tan intenso y concentrado como una tormenta atrapada en un puño. Isoc notó cómo su cuerpo temblaba, cómo los latidos de su corazón se aceleraban, invadidos por la frecuencia de aquel sonido.

Las gatas enloquecieron, echaron a correr por toda la casa sin detenerse en ningún sitio, incapaces de encontrar un lugar donde refugiarse de aquel ruido.

En una de las investidas a la ventana, el pájaro hizo una brecha en el cristal. Al volver a cargar sobre la fisura, logró abrir un agujero y entró en el salón. El pequeño pájaro recorrió la estancia dibujando enrabiadas, efímeras geometrías de luz en el aire.

Las gatas, lejos de intentar cazarlo, huían y se retorcían maullando con desgarró.

Isoc temió sufrir un infarto, el sonido de aquel pájaro se le había metido dentro, le contraía los músculos y le bloqueaba la garganta, apenas podía respirar, su corazón iba tan rápido que el tiempo parecía dilatarse a su alrededor.

Justo cuando Isoc pensaba que iba a morir, el dolor pasó y todo quedó en silencio. Ya no escuchaba al pájaro, aunque lo veía moverse en círculos cada vez más estrechos alrededor de la lámpara, ni a las gatas, que seguían retorciéndose en el suelo, con los músculos agarrotados y las bocas abiertas, intentando expulsar el dolor. Isoc tampoco escuchaba su corazón, ni su respiración, todo había quedado en un apacible silencio, arrastrado a un estado de ensoñación perfecto, pleno.

Las gatas también se calmaron. Sus cuerpos se vencieron al sosiego, sus ojos quedaron medio cerrados, exhaustos, empañados de placer, sumidos en la delectación de una realidad distinta, más seductora.

Isoc se sentó en el sillón, pero en ningún momento notó que su espalda tocara el respaldo, o sus brazos encontraran apoyo.

Desde el nuevo lugar por el que se asomaba al mundo, Isoc contempló el aleteo del pájaro de neón sobre su cabeza con la conciencia suspendida, hipnotizado por aquel brillante abanico de luz.

Lentamente, el bienestar perfecto en que Isoc se encontraba fue contaminándose por una poderosa excitación que se apoderó de todo su cuerpo.

Isoc notó cómo su pene crecía y alcanzaba una dureza dolorosa que oprimía sus pantalones. Se bajó la ropa y dejó su pene al descubierto, apuntando al techo con firmeza.

Movidas por una atracción violenta, Junic y Saria se enzarzaron y comenzaron a dar vueltas por el suelo maullando, frotándose entre ellas, lanzándose dentelladas, cada una deseando el cuerpo de la otra más allá de lo posible, buscando en la otra piel una manera de desaparecer, de renunciar a sí mismas con tal de entrar en el otro cuerpo de forma absoluta, sin parcialidades. Pasados los primeros momentos de lucha, Junic quedó encima de Saria, y empezó a besarla como lo haría una mujer. Junic no le daba lametones en el morro a Saria, sino que abría la boca y buscaba con su lengua la de su compañera, que, a su vez, buscaba la suya.

Isoc lo contemplaba todo desde el sillón, con su empalme en pleno vigor. Su pene tiraba de él como un árbol chupa de la tierra y se eleva hacia el sol.

Para mayor sorpresa de Isoc, la cara de las gatas empezó a cambiar, a desaparecer poco a poco mientras su pelaje se echaba hacia atrás, desvelando las pequeñas caras de dos mujeres enredadas en un beso. Las caras de las mujeres que habían conquistado la fisionomía de las gatas eran los rostros de una mujer blanca de unos treinta años, en el caso de Junic, y el de una mujer de ébano, algo más joven, en el caso de Saria.

Isoc conocía el pequeño rostro de mujer que había remplazado al de Junic. Era la mujer con la que había soñado la noche antes.

Abrasado por la excitación, Isoc empezó a masturbarse frenéticamente, tan rápido y con tanta fuerza como fue capaz, para intentar aliviar el dolor, para paliar la sensación de vacío, para acallar a su cuerpo.

Mientras tanto, las gatas con cara de mujer seguían besándose.

Al ver cómo las dos mujeres con cuerpo de gato se besaban, Isoc deseó y suplicó que se transformaran plenamente en dos mujeres de verdad. Isoc necesitaba follárselas, poder recorrer su cuerpo sin descanso, hundir su pene en ellas, ver sus caras, sus ojos desorbitados mientras él se abría camino.

Nada más tener ese pensamiento, el pájaro de neón intensificó su aleteo y se colocó encima de las gatas. El pájaro, cuya luz se hizo más intensa, casi nuclear, aleteaba sus alas tan rápido que terminaron por desaparecer del todo a la vista de Isoc, al que le pareció que el pájaro se había quedado clavado en el aire como el dibujo de un niño puesto en la nevera.

Los cuerpos de Junic y Saria empezaron a cambiar. Su pelaje fue haciéndose cada vez más pequeño, mientras que por debajo, la piel de dos mujeres se iba extendiendo por el suelo, tomando forma, perfilando dos estatuas enroscadas.

El cuerpo de las dos mujeres fue creciendo, conquistando la alfombra, hasta que sus pies ya no entraron dentro y se deslizaron por el suelo de madera. Saria y Junic se habían convertido en dos mujeres altas y estilizadas. Lo único visible de su pasado animal era su pelo, que seguía siendo el mismo que tantas veces había acariciado Isoc, y los ojos, que aún conservaban los rasgos propios de dos gatas atentas.

Isoc seguía masturbándose sin parar, contemplando la progresiva transformación de las gatas con impaciencia, deseoso de poder echarse sobre ellas.

El pájaro de neón, quizá por el esfuerzo, empezó a contraerse y a parpadear, cada vez de forma más intermitente, hasta que de golpe se apagó del todo y cayó al suelo.

El pequeño animal de luz estalló contra el suelo, y su cuerpo quedó dividido en cientos de diminutas gotas incandescentes.

La muerte del pájaro de neón oscureció la casa. La intensidad que había alcanzado su destello dejó su huella, y el salón, pese a tener las luces encendidas, pareció quedarse en tinieblas.

Con la muerte del pájaro, se alejó de Isoc el deseo febril, insaciable, y pudo, por fin, llegar al orgasmo. El más intenso que había experimentado nunca. Su pene, terriblemente inflamado, empezó a eyacular a chorro. Isoc abrió la boca para gemir de placer, pero no encontró fuerzas, parecía como si todo su cuerpo estuviera enviando la energía al mismo punto

para prolongar al máximo el estallido que estremecía su cuerpo. Isoc sintió que la vida se le iba, que se le derramaba por el suelo.

Cuando no pudo soportarlo más, perdió el conocimiento.

La luz de la mañana le despertó al día siguiente. Los rayos del sol proyectaban la silueta de un continente en el suelo al pasar por la rotura de la ventana. Su pene, aún muy rojo, lagrimoso, descansaba boca arriba, ligeramente vencido a la derecha. Isoc se incorporó despacio y con mucha dificultad en el sillón, su cabeza le cobraba peaje por cada movimiento. Las dos mujeres creadas la noche anterior estaban tumbadas sobre la alfombra. Las dos miraban al techo con los ojos muy abiertos, de sus bocas emanaba un pequeño hilo de baba que le confería un húmedo brillo a sus mejillas. Junto a ellas, los restos del pájaro de neón refulgían como pequeños zafiros esparcidos por la alfombra. A los pies de Isoc, las evidencias de su orgasmo se habían resecaado en el suelo.

Isoc intentó levantarse, pero sus piernas no le respondieron y cayó al suelo, muy cerca de las dos mujeres. Estaba tan exhausto que apenas pudo aguantar despierto unos minutos antes de volver a sumirse en un profundo sueño.

Al despertar de nuevo, ya era de noche. La luz de la lámpara caía sobre sus cuerpos con una mirada de misericordia. Las mujeres seguían en la misma posición, mirando hacía el techo. Isoc se sentó en el suelo y contempló los dos cuerpos, aún con la cabeza embotada. La piel de Junic, tan pálida, contrastaba con la oscuridad del cuerpo de Saria, negro y muy atlético, firme y terso como el lomo de un potrillo.

Las dos mujeres se habían meado encima. Al mirarlas, Isoc comprendió que dentro de esas dos mujeres había dos gatas asustadas, encerradas en un cuerpo que no comprendían.

Isoc estaba tan desbordado por las circunstancias que, sin darse cuenta, salió al jardín y empezó a arrancar trozos de hierba con las manos durante diez minutos. Después se acercó al coche y abrió y cerró la puerta varias veces, asombrado por lo imperturbable que seguía el mundo fuera.

Destrozado, sin saber muy bien qué hacer, Isoc entró en la casa de nuevo y cerró la puerta.

Después de sopesar la situación durante un tiempo, decidió empezar por ocuparse de los problemas más inmediatos, y quizá los más fáciles de solucionar.

Isoc subió a su habitación, tiró el colchón de su cama al suelo y guardó el somier en el almacén. Después volvió a subir a su habitación y retiró los muebles, dejando el espacio lo más diáfano posible. A continuación, Isoc bajó al salón, cogió todos los cojines que encontró, los subió arriba y los tiró al suelo junto con las almohadas, edredones y colchas, hasta lograr una zona realmente mullida, sin objetos duros ni aristas.

Con el espacio preparado, Isoc cogió en brazos a Junic y la subió hasta el cuarto de baño. Mientras la subía por las escaleras, notó la suavidad y el calor que desprendía el cuerpo de la mujer y, sin quererlo, recordó el sueño que había tenido con ella.

Isoc metió a Junic en la ducha y la limpió, con cuidado de que no resbalara ni se golpeará la cabeza. Una vez limpia, envolvió a la mujer en una toalla, la llevó hasta su habitación y la dejó tumbada en el colchón, rodeada de cojines y almohadas. Al tumbarla, Isoc se encontró con la mirada bicolor de la mujer, cuya expresión no era ni la de su gata ni la de la mujer con la que había soñado, si no la mirada de una enferma de ojos vacuos.

Después, hizo lo mismo con Saria.

Cuando las dos estuvieron tumbadas en la cama que les había preparado, bajó al salón para terminar de recogerlo todo.

Isoc barrió con la escoba los restos del pájaro de neón, los metió en el recogedor y los tiró a la basura. A continuación, enrolló la alfombra, la guardó en el almacén y fregó el suelo varias veces hasta que desaparecieron todos los residuos. Por último, colocó un cartón sobre el cristal roto y cerró la contraventana de madera.

Una vez estuvo recogido el salón, Isoc subió a su habitación. Las mujeres no estaban exactamente en la misma posición en la que él las había dejado. Saria ya no estaba boca arriba, sino de lado, mirando hacia la ventana. Junic, en cambio, seguía mirando al techo, pero sus piernas estaban ligeramente dobladas. Las toallas que cubrían su desnudez se habían abierto, dejando a la vista parte de su cuerpo. Isoc cerró la puerta y se quedó mirando a las mujeres durante un tiempo.

Luego se acercó a la cama, se inclinó sobre las mujeres y, con una mano, volvió a arroparlas con las toallas. Se tumbó a cierta distancia de Junic y, mirando al techo, escuchándolas respirar, empezó a pensar cuál iba a ser su siguiente paso.

Isoc era el responsable de dos mujeres aparecidas de la nada, creadas en una noche, y con la única intención de que él se las follara. Él era el culpable de aquella atrocidad, y ahora tenía que hacerse cargo de ellas.

Isoc estuvo pensando cuáles eran sus opciones, pero finalmente una se acabó imponiendo a las demás. Tenía que matarlas. Era lo más humano. Por su culpa había tenido lugar una aberración de la naturaleza, y tenía que deshacerse de ella. La única posibilidad de salvación para Junic y Saria era volver a convertirse en las gatas que eran en realidad.

Isoc decidió esperar unos días para ver qué pasaba, y si la transformación no revocaba, tendría que matarlas y deshacerse de los cuerpos.

A la mañana siguiente, Isoc se despertó con la cabeza de Junic apoyada en su vientre. Junic tenía los ojos cerrados, estaba plácidamente dormida. Isoc pensó que quizá estaba soñando con que había vuelto a su cuerpo de gata y recorría la casa saltando entre los muebles, jugando con Saria. Se incorporó con cuidado de no despertarla, le puso un cojín bajo la cabeza y salió de la cama. Al levantarse, Isoc vio que Saria no estaba junto a ellos. Se encontraba fuera de la cama, tumbada boca abajo, junto al radiador. Era obvio que las dos mujeres habían ganado movilidad, pero Isoc no supo si eso era bueno o malo.

Bajó a la cocina y se preparó un café con mucho hielo y azúcar. Se tomó el café despacio, dejando que su mirada vagara por la casa y se detuviera aleatoriamente en los objetos. En su quietud inofensiva, en el brillo de un jarrón, en la tapas de los libros. Ir posando su mirada de objeto en objeto era un intento desesperado de Isoc por volver al mundo ordinario, por regresar al hogar que había dejado atrás, por hacer que todo volviera a la normalidad y conseguir que Junic y Saria aparecieran de entre los libros y se acercaran a la cocina en busca de su comida.

En ese instante, mientras se tomaba el café, cayó en la cuenta de que había pasado por alto una posibilidad que, dadas las circunstancias, parecía muy viable, y que explicaría todos los acontecimientos de los últimos días. Pensó que quizá su mente, por fin, había logrado llevarle a la locura absoluta. Tal vez todo lo que había visto no era real, tal vez las mujeres que estaban en el piso de arriba en realidad eran puro vacío que su mente llenaba de extraños seres creados por aquel pájaro de luz, que, por supuesto, tampoco existía. Tal vez había caído en una profunda locura desde hacía días, y en realidad todo lo que él creía vivir estaba pasando en su mente, mientras su cuerpo yacía abandonado en cualquier lugar, sin nadie que lo gobernara. Tal vez, en el mundo real, Junic y Saria estarían vagando por la casa, buscándole hambrientas, mientras él, que creía estar tomándose un café, estaba perdido en el bosque, o acurrucado en su cama, o en la habitación de un manicomio.

¿Pero cómo saberlo? ¿Cómo podía saber si se había vuelto loco? ¿Cómo podía demostrarlo? ¿Cómo podía demostrarse a sí mismo que todo era un engaño de su mente? ¿Cómo podía demostrar la inexistencia de aquellas mujeres gato?

Hasta ahora, sus pesadillas habían invadido, cada vez con más frecuencia, el mundo real, pero si ahora Isoc era el que había entrado en las pesadillas, ¿cómo iba a encontrar la salida?

Isoc pensó que si se había vuelto loco, tenía que averiguar su grado de locura. Intentar saber cómo era de grande el agujero por el que había caído. Tenía que comprobar hasta qué punto el mundo que tenía ante sus ojos era el verdadero. Quizá él seguía moviéndose por su realidad, y el único fruto de su locura era el pájaro y las mujeres gato. O quizá todo lo que veía a su alrededor era parte del engaño, un enorme decorado construido a base de recuerdos.

Lo primero era averiguar si él era el único que podía ver a las mujeres gato.

Isoc subió a su habitación. Junic y Saria ya estaban despiertas. Se estaban moviendo, se arrastraban muy despacio por el suelo. Empezaban a valerle mejor por sí mismas. Isoc pasó cerca de Saria, abrió el armario y sacó un par de camisas de leñador y un par de calzoncillos.

Isoc tiró la ropa sobre la colcha de la cama, cogió uno de los calzoncillos y se acercó a Saria, que estaba volviendo junto a Junic. Agarró a Saria de los pies y le dio la vuelta. La mujer quedó boca arriba, con las piernas entreabiertas. Isoc metió los pies de la mujer por las aberturas de los calzoncillos, y fue subiendo la prenda poco a poco, recorriendo las largas piernas de Saria hasta llegar a su pubis de vello felino. Al terminar de ponerle el calzoncillo, Isoc vio que los enormes ojos verdes de la mujer le estaban mirando. Aquella mirada ya no era tan vacía como antes, empezaba a llenarse de intención. Isoc cambió de postura, levantó a Saria por la espalda y le puso una camisa roja de cuadros negros. Los músculos de la tersa espalda de

Saria, definidos a cincel, emanaban un suave calor. Al abotonar la camisa, Isoc sintió la agitada respiración de la mujer en el dorso de la mano.

Una vez hubo terminado de vestir a Saria, Isoc fue hasta Junic, que estaba tumbada de lado, con las piernas estiradas y la cabeza echada ligeramente hacia atrás. Isoc vistió a Junic intentando no fijarse en su cuerpo. El hecho de haber soñado con ella le incomodaba; aunque sólo hubiera sido un sueño, Isoc lo recordaba como una experiencia real, y muy intensa.

Cuando las dos gatas estuvieron listas, Isoc sacó su cámara polaroid del armario y disparó varias fotos a Junic y Saria, que reaccionaron con recelo a la luz del flash.

Con la última foto disipando el negro, Isoc salió de la habitación, cerró la puerta, bajó corriendo las escaleras hasta el salón, se puso sus botas de montaña y la cazadora y salió de la casa cerrando de un portazo.

Isoc entró en el todoterreno y se dirigió al pueblo a más velocidad de lo normal. Al llegar al pueblo, en el momento de aparcar el coche, se dio cuenta de que durante todo el trayecto no le había temblado el pulso al coger volante, ni había tenido que recitar el viejo poema infantil para calmarse. Había conducido como hacía años que no lo hacía, con una seguridad que creía olvidada. Tal vez dudar de todo, de la existencia real de cuanto veía a su alrededor, le había dotado de cierto desapego por el mundo que transitaba. De alguna manera, Isoc empezaba a sentirse libre de hacer lo que le viniera en gana, porque si, como él intuía, realmente caminaba por un sueño, nada de lo que hiciera dentro de ese sueño tendría una repercusión real.

Pero, antes de sacar conclusiones, Isoc debía ser cauto y llevar a cabo la prueba que había ido a realizar. Isoc bajó del coche y se acercó andando hasta la calle principal del pueblo, más solitaria que de costumbre. Isoc miró a la gente que pasaba por la calle, barajando las fotos en su mano de manera inconsciente. Tras desechar a varias personas, se decidió por una anciana de unos ochenta años que salía con una bolsa de la compra del ultramarinos. Isoc se acercó a la mujer, que, al verle llegar, evaluó rápidamente si le resultaba de confianza. En un principio no le pareció peligroso.

-Perdone que la moleste, señora, pero, ¿me podría decir qué ve en esta foto? -dijo mostrándole a la mujer una foto en la que aparecía Junic tumbada sobre la colcha, mirando a cámara.

La mujer examinó la foto con desconfianza, echando la cabeza hacia atrás, como si quisiera prevenir cualquier posible truco escondido en la instantánea. La mujer miró la foto forzando un poco la vista y arrugando la nariz, después miró a Isoc, y volvió a mirar la foto.

-¿Cómo que qué veo? No entiendo.

-Sí, qué ve en la foto, ¿ve algo o no ve nada? -preguntó Isoc aventurando casi la respuesta.

La anciana miró de nuevo la foto, y volvió a mirar a Isoc contrariada.

-Veo a una mujer.

Al oír la respuesta de la anciana, Isoc sacó otra foto, esta vez de Saria, y se la tendió a la mujer.

-¿Y en ésta?

La mujer miró la foto un segundo.

-Una negra.

La anciana echó a caminar indignada y farfullando.

-Este pueblo se está yendo a la mierda. No queda uno cuerdo. Ya ves tú, enseñándole a una anciana fotos de sus putas colocadas...

Isoc pensó que si la mujer veía lo mismo que él, eso probaba que no estaba loco, que las criaturas que había en su casa eran reales. Pero enseguida le surgió otra duda. ¿Y si aquella mujer no era real, y si también era fruto de su mente, una creación necesaria para poder seguir con la mentira? Isoc no podía conformarse con lo que le había dicho la mujer, ya que por lo que él sabía podía no existir, al igual que podía no existir nada de lo que tenía ante sí.

Isoc decidió volver a intentarlo, pero esta vez lo haría de otra forma: cerraría los ojos y echaría a caminar por la calle hasta chocar con alguien. Al no haber visto a esa persona previamente, al encontrarla después de un choque, a Isoc le parecía que de esa manera tenía más garantías de asegurarse la existencia real de aquella persona. Aunque por otro lado Isoc empezaba a sospechar que esa prueba tampoco iba a resultarle definitiva. Aun así, cerró los ojos,

esperó unos segundos y echó a caminar calle abajo hasta que algo chocó contra su hombro con fuerza, y se disculpó la voz de un hombre.

Isoc abrió los ojos, se dio la vuelta y detuvo al hombre contra el que había chocado, que seguía con su camino. El hombre, de unos cincuenta años, robusto como un dolmen, se giró hacía él evidenciando una falta de paciencia y un exceso de fuerza que no tendría problemas en mezclar.

Isoc se disculpó ante el hombre, y le pidió que examinara las fotos y le dijera qué veía en ellas, si es que veía algo. El hombre cogió las fotos entre sus manos y empezó a pasarlas como un niño revisando cromos.

-No me interesa... –El hombre le devolvió las fotos-. ¿Tienes de hombres?

-No, lo siento -respondió Isoc descolocado.

El hombre se dio media vuelta, echó un último vistazo a Isoc por encima del hombro y se alejó calle abajo.

Al parecer la gente veía lo mismo que él. Isoc era incapaz de aceptarlo, en verdad lo lamentaba, deseaba que la gente no hubiera visto nada en las fotos, tan solo unas sábanas arrugadas. Entonces él hubiera sabido que estaba loco, y la situación le resultaría más comprensible, pero después de preguntarle a la gente sólo se le ocurrían dos opciones: aceptar la existencia de esas mujeres y del pájaro de neón, o bien dudar de todo, y ser consciente de la inmensidad y el poder de su locura.

Necesitaba hablar con alguien, compartir con otra persona lo que le atormentaba, dejar de hablar y razonar solo; en definitiva, pedir ayuda. La librería de Linux estaba a tan solo unos metros. Lo único que tenía que hacer era entrar y contárselo todo, y si él dudaba, si no le creía, con llevarle a la casa y dejar que lo viera por sí mismo sería suficiente. Pero, ¿en qué podía ayudarle Linux? ¿Qué iba a mejorar? Isoc sabía que si las mujeres no volvían a convertirse en gatas las tendría que matar. Hasta ahora nadie más sabía de su existencia, más allá de las dos personas que habían visto las fotos. ¿Realmente quería involucrar a Linux en todo aquello? ¿Realmente existía Linux?

Isoc decidió seguir solo. Como siempre. Pasó frente al escaparate de la tienda, se subió al coche y arrancó rumbo a casa. Durante el camino de regreso, pensó varias veces en salirse de la carretera, en acabar con todo y comprobar qué pasaba después. Quizá así lograra despertar, dejar atrás la pesadilla en la que estaba atrapado. Y si no despertaba, y le esperaba la muerte al otro lado, tal vez lograra reencontrarse con su mujer y contemplar de nuevo la belleza de aquel rostro que era incapaz de recordar. ¿Qué sentido tenía seguir?

Isoc pensó con amargura que tenía que haberse suicidado mucho antes, pero ahora no podía, aún no. Tenía una deuda que saldar. Si lo que estaba pasando era real, no podía dejar a Junic y Saria encerradas en la habitación, no podía dejar que se murieran de hambre, no podía dejarlas agonizar en un cuerpo extraño. Tenía que asumir su responsabilidad y, si las gatas debían morir, sería por la acción de su mano.

Al llegar a casa, antes de subir a la habitación, Isoc fue a la cocina y preparó un puré de frutas para dar de comer a Junic y Saria. Después lo sirvió en dos platos, los puso en una bandeja junto con una botella de leche, una cuchara y servilletas, y subió a la habitación.

Junic y Saria gateaban despacio y muy juntas sobre la cama cuando él entró. La movilidad de las mujeres seguía mejorando, cada vez se las veía más independientes. Isoc quiso pensar que eso era bueno, pero seguía sin estar seguro. Tendría que esperar, darles más tiempo.

Cogió el plato de puré y una cuchara, se acercó a Junic, y se sentó en el suelo. Para darle de comer más cómodamente, y que la mujer no se moviera demasiado, la rodeó con sus piernas y la inclinó hacia atrás, de manera que la cabeza de Junic quedara apoyada sobre su pecho.

Al principio Junic no quería comer, rechazaba la cucharada dejando caer la cabeza a los lados, la evitaba en el último momento y acababa manchándose la cara de puré, pero una vez que Isoc logró que se tragara la primera cucharada se mostró más dócil. Aun así, a Junic le costaba mucho comer, no estaba acostumbrada a usar una boca humana, ni a su sistema digestivo, así que se atragantaba con frecuencia y devolvía la comida. Por si esto fuera poco, Saria no paraba de molestar. La mujer se acercaba a Isoc y cargaba contra él con el hombro, o se dejaba caer contra su espalda. Finalmente, Isoc decidió que lo mejor era dar de comer a Junic en otra habitación. Se levantó, se llevó la bandeja de comida al cuarto de baño y la dejó en el suelo; después volvió a por Junic, la cogió en brazos y se la llevó de la habitación dejando encerrada a Saria.

La tumbó en la bañera, puso algunas toallas en la cabecera para evitar que se desnucara y empezó a darle la comida despacio, cargándose de paciencia. El cambio de habitación pareció surtir efecto, y Junic se terminó el plato antes de lo esperado.

Isoc le limpió la boca con una servilleta y se dispuso a darle de beber algo de leche. Sabía que si intentaba que bebiera directamente de la botella iba a ser un desastre, así que pensó en una vía alternativa. Cogió del armarito que tenía bajo el espejo una esponja a estrenar, enjuagó en el lavabo el plato de puré, echó ahí la leche y empapó la esponja en el plato. Después se acercó a Junic, le puso la esponja en la boca y fue dosificando la cantidad de leche que emanaba de ella con la mano, muy despacio, dejando que se fuera filtrando poco a poco, lloviendo en la boca de Junic.

Isoc repitió la misma acción varias veces. En aquel silencio de cuarto de baño, en el que sólo se escuchaba el débil goteo de la leche al caer, Junic y él parecían haber conquistado un breve momento de paz, que no tenían prisa por finalizar. La acción era tan sencilla, tan mecánica, que a los dos les resultaba muy cómoda. Isoc empapaba la esponja en el plato y Junic esperaba paciente, con la boca abierta, a que acercara la esponja a sus labios y exprimiera el jugo.

Después de escurrir en Junic un último sorbo, dejó la esponja en el plato y se quedó mirando a la mujer. Por los labios y la barbilla se resbalaba leche en una fina cascada que bajaba por el cuello y se perdía entre los riscos de la camisa, camino del pecho. Isoc, como si pudiera verse a sí mismo iniciando el movimiento, se inclinó sobre Junic, acercó sus labios a los de ella y

empezó a lamer suavemente las gotas de leche que resbalaban por su barbilla. En ese instante supo que no había vuelta atrás, que ese camino acabaría llevando sus labios y su lengua hasta los de ella, y que quizá después no sería capaz de parar. Besó a Junic, paladeó sus labios, y buscó su lengua muy despacio, para no asustarla. Rozó la lengua de ella con la punta de la suya, después la retiró despacio, le besó el labio superior y a continuación volvió a tantear con su lengua la boca que le recibía entreabierta y sorprendida. Mientras la besaba, Isoc deslizó su mano bajo la camisa de Junic y empezó a recorrer el duro abdomen de la mujer, subiendo por su cuerpo como una serpiente reptando por una duna, absorbiendo con la palma de la mano, con la punta de sus dedos, las gotas de leche que seguían su lento descenso, su peregrinaje al ombligo. Para delicia de Isoc, Junic empezó a responder a sus besos con pequeños lametones inexpertos, curiosos, atraídos por la placentera sensación que le aportaba la lengua de Isoc y su mano, acariciándole el pecho por debajo de la camisa, pellizcando suavemente su pezón.

Isoc, muy excitado, se apartó de los labios de Junic, le desabrochó la camisa de un tirón y se quedó un instante contemplando el cuerpo de mujer que latía para él. Estaba a punto de abandonarse al deseo y hundirse en ese cuerpo, pero algo le detuvo, una sombra burlona que le imitaba tras los azulejos, que le devolvía el reflejo de un hombre patético, vencido por la belleza de un cuerpo tan atractivo como indefenso. Tan humano como animal.

De pronto, Isoc sintió repulsión hacia sí mismo, se avergonzó profundamente de la erección que le apretaba el pantalón, sintió un asco repentino por la humedad de su boca, por el sabor a leche de sus labios. Se levantó de golpe, le dio una patada al armario y empezó a sollozar.

Junic, sin saber lo que estaba pasando, le miraba desde la bañera, con la boca y la camisa abierta, esperando a Isoc, que ahora la rechazaba lleno de vergüenza.

Aún empalmado, sollozando, siendo cada vez más consciente de lo que había estado a punto de hacer, Isoc cogió a Junic en brazos, la llevó hasta la habitación donde estaba Saria, las encerró a las dos y volvió al cuarto de baño.

Se tumbó en el suelo, cerró los ojos y procuró tranquilizarse, centrarse en respirar profundamente, en notar sus costillas elevarse y tensar la piel de su pecho, en expulsar por la nariz el veneno que llevaba dentro, que intoxicaba sus venas y llenaba su mente y su cuerpo de sexo y pesadillas, de dolor y locura.

Isoc permaneció en el suelo, inspirando y expirando oscuridad, hasta que sintió que toda la habitación iba desapareciendo a su alrededor, que iba quedando atrás mientras él ascendía a la nada, a un éter negro donde poder flotar a la deriva, liberado de cualquier ancla corpórea, del deseo y del miedo. De la noción del tiempo.

Isoc ha conseguido trasladarse al éter negro, flota por él liviano, modulando con su respiración el rumbo de su viaje, como el viajero de un globo aerostático dosificando el gas. Cree haber recuperado el control de sí mismo, haber aplacado la tormenta en su mente, pero una náusea repentina le devuelve de golpe al frío suelo de cerámica, y la angustia le asalta con la fuerza resentida de una presencia olvidada. Isoc nota un bulto que sube por su garganta y le bloquea la tráquea.

El aire, la apacible oscuridad, deja de fluir por su cuerpo. No puede respirar. Abre los ojos, le ciega el destello incandescente de los halógenos, su visión se llena de pequeños jirones, de ascuas verdes que atraviesan sus pupilas. Isoc se levanta y se palpa la garganta con las manos mientras intenta respirar sin éxito.

El bulto es del tamaño de una pelota de tenis. Isoc intenta toser, hacer fuerza para expulsarlo, se inclina, apoya una mano en el suelo, se lleva la otra al pecho, y se concentra en expulsar el bulto que le oprime la garganta. Isoc nota cómo poco a poco, muy despacio, la bola avanza por su garganta y se acerca a la boca. El bulto tiene una textura peluda, afilada en algunos puntos. Isoc, muy rojo, con los ojos llorosos, hace un último esfuerzo, y siente cómo la bola de pelo llega hasta su boca y choca contra sus dientes. Abre la boca y expulsa el bulto, que cae al suelo empapado y viscoso, como un cachorro recién nacido. Emite un hondo graznido que sacude sus pulmones y los llena de aire de nuevo. Al ver lo que ha expulsado, el corazón del hombre se encoge. Sobre el suelo del cuarto de baño hay una pequeña cabeza de gato, de color negro, con la boca abierta en una expresión de terror. Isoc coge la cabeza del gato con dos dedos y la tira al wáter. Al ir a tirar de la cadena, Isoc siente ganas de vomitar, pero la náusea no va a más. Se recompone, y tira de la cisterna procurando cerrar los ojos para no ver cómo la cabeza es tragada por el inodoro. Al accionar la cadena, escucha un maullido desgarrador, salvaje, que es acallado por el agua y el sonido de la cisterna.

Cuando abrió los ojos, Isoc estaba tumbado en el suelo del cuarto de baño, bajo la fría luz del halógeno. Se levantó del suelo con recelo, dudando de si realmente ya estaba despierto. Isoc se refrescó la cara en el lavabo, cogió la bandeja de comida y salió del cuarto de baño.

Isoc abrió la habitación de Junic y Saria, dejó la bandeja en el suelo y cerró la puerta. Esperaba que Saria fuera capaz de comer sola, porque él no se veía con fuerzas para ayudarla.

Bajó al salón, puso en el tocadiscos la Sinfonía de la luna, de Padur Rotik, sacó el esqueleto del sillón al jardín y se sentó fuera, a observar el bosque y el Puño del Diablo mientras escuchaba la música que salía de la casa.

Permaneció en el jardín el resto del día, entrando a la casa únicamente para poner otro disco. Estaba agotado. No se sentía con fuerzas para continuar, para seguir luchando. Pensaba en los días que le quedaban por vivir, y los imaginaba plagados de pesadillas y visiones, dudando cada vez más sobre si lo que veía era real, si estaba dormido o estaba despierto. Quizá era hora de asumir que había perdido la partida, que nunca volvería a ser el Isoc que fue y, sobre todo, el Isoc que fue junto a ella. Quizá lo único que le quedaba era dejarse arrastrar hasta el fondo, y ver qué pasaba.

No entró en la casa hasta que se hizo de noche. Se tomó un vaso de güisqui y subió a la habitación donde estaban las mujeres. Junic estaba hecha un ovillo sobre la almohada, Saria estaba tumbada junto al radiador. Las dos tenían la cara y la camisa manchadas de puré. La comida que Isoc había dejado en la bandeja estaba derramada por el suelo, apenas quedaba una

sábana sin restos de comida. Isoc se acercó al armario, sacó algunas mantas limpias, las extendió en el suelo, apagó la luz y se tumbó encima, mirando al techo. Esperando.

Al cabo de unos minutos, notó movimiento. Saria se había despertado y estaba gateando por la habitación. Sus ojos brillaban en la oscuridad, le vigilaban. Saria pasó junto a Junic, no llegó a tocarla, pero la cercanía de su presencia fue suficiente para despertarla. Sus ojos también brillaban con fuerza. Junic se incorporó, se puso de rodillas y fijó sus ojos en Isoc. Las dos lo miraban, como dos parejas de luciérnagas flotando frente a él, sin saber qué hacer. Los ojos de Junic empezaron a avanzar hacia él con paso lento, muy manso. A medida que se iba acercando, él iba desentrañando su figura con ayuda de la luz de la luna que se filtraba por la ventana. Cuando llegó hasta donde estaba Isoc, Junic se recostó junto a él y apoyó la cabeza sobre su abdomen. Isoc acarició la cara de Junic, notando con los dedos los cercos de suciedad que tenía en las mejillas y la boca. Isoc se mojó el pulgar en saliva y empezó a limpiar los restos con el dedo. Junic, agradecida, le frotó con la mejilla el dorso de la mano. De vez en cuando le lanzaba algún mordisco suave. Saria los contempló a los dos en la oscuridad, hasta que ella también se acercó hasta donde estaba Isoc y se recostó a sus pies.

Isoc cerró los ojos y comenzó a acariciarle el pelo a Junic muy despacio, recreándose en la suavidad que se abría paso entre sus dedos. Por un momento, se dejó engañar por los sentidos, y creyó estar acariciando de nuevo a su gata, a su pequeña Junic, aunque en realidad sabía que eso ya no pasaría jamás. No había vuelta atrás. Antes de quedarse dormido, Isoc les pidió perdón a las gatas, y se dejó llevar a un sueño profundo, sin pesadillas.

Por la mañana le despertaron los lametones en la mano de Junic. Saria le miraba tumbada boca abajo, junto al radiador. Isoc le acarició la barbilla a Junic y le pasó el pulgar por los labios. Junic respondió a las caricias del hombre con un pequeño mordisco en la mano.

Se acercó a la ventana de la habitación. El Puño del Diablo le observaba desde el otro lado del bosque. Contempló durante un instante la montaña. Sabía que le vigilaba. Le veía dormir, conocía sus pesadillas, sus pensamientos. Le llamaba. Le requería de nuevo.

Se quitó la ropa y se quedó desnudo frente a la ventana. Dejando que el sol le bañara con su luz.

Tras permanecer un tiempo de pie, frente a la ventana, Isoc cogió una sábana y la rasgó hasta dejarla hecha pedazos. Después, se acercó a Saria y la ató de pies y manos al radiador con los restos de la sábana. Saria, asustada, intentó soltarse, pero fue incapaz. Isoc la había atado con fuerza. Apenas se podía mover.

Una vez hubo atado a Saria, se arrodilló en el suelo y se acercó gateando a Junic, que le miraba con la cabeza muy erguida. Al ver que el hombre se acercaba, Junic empezó a gatear por la habitación, buscando una salida, una rendija por la que poder escapar. Era inútil, la única salida era la puerta, y estaba cerrada. Isoc tenía todo el tiempo del mundo para atraparla.

La persecución no duró mucho. Isoc le fue cerrando los espacios a Junic hasta que la tuvo acorralada. Cuando se quedó sin escapatoria, Isoc agarró de los tobillos a Junic y tiró de ella hasta que la mujer quedó abierta ante él, con las piernas rodeando su cintura.

Se echó encima de ella, neutralizó las manos de Junic engarzándolas con las suyas. Notaba el cuerpo de la mujer latiendo asustado bajo el suyo. Se quedó muy quieto, mirando a Junic a los ojos fijamente, rozando su nariz con la suya, besándole muy despacio las mejillas, hasta que la respiración de la mujer se fue calmando y se contagié de la suya. Entonces el hombre soltó la manos de Junic, que quedaron apoyadas en el suelo, con la palma de la mano hacia arriba, rendidas.

Isoc abrió la camisa de la mujer con los dedos, como si se asomara a un escenario entre bambalinas, besó sus pechos, recorrió con la lengua la aureola de sus pezones, y después bajó hasta su ombligo, dejándose enredar por aquel cuerpo que le había llamado en sueños, que era suyo. Isoc le quitó los calzoncillos a Junic y recorrió con los dedos su vagina, mientras le besaba el cuello y entraba en su boca, abierta de excitación, dominada por aquella sensación nueva. Isoc notó cómo su cuerpo se erizaba, conmovido por la belleza y el tacto de otro cuerpo, agradecido por volver a paladear el sabor de otra piel. La erección de Isoc era total, pero todavía no quería penetrarla, deseaba alargar un poco más el momento. Acarició con su mano la cadera de Junic, su vientre, que se elevaba y se retorció con gemidos mudos, sintió el tacto de sus pechos endurecidos, el calor y la humedad de su boca, que le mordía y chupaba los dedos como si fueran un manjar exquisito. Cuando no pudo aguantar más las ganas, la penetró. Los ojos de Junic se abrieron de pánico y dolor. Isoc se movió despacio dentro de ella, hasta que la expresión de Junic se fue suavizando poco a poco y acabó llenándose de gozo. Entonces la embistió cada vez con más fuerza hasta llegar al orgasmo. Isoc eyaculó dentro de Junic, y siguió

empujando hasta que su cuerpo se relajó por completo y se dejó caer a un lado, liberando a Junic de su peso. La mujer se quedó muy quieta, gimiendo de una manera extraña, como si tuviera un mal sueño.

Isoc se quedó tumbado en el suelo. Se sentía liberado, vacío. Si era verdad que el alma estaba dividida en tres partes, Isoc pensó que acababa de perder la última que le quedaba dentro de Junic. Las dos partes restantes seguían en lo alto de una montaña y en el fondo de un precipicio. Liberado por completo de su humanidad, Isoc se sintió más calmado, con fuerzas para seguir con lo planeado.

Salió de la habitación, bajó las escaleras, fue al jardín, cogió el hacha y volvió a subir a la habitación. Isoc dejó apoyada el hacha en la pared, le quitó la funda a una almohada y vendó con ella los ojos a Junic. La mujer se quedó en el suelo, moviendo la cabeza como si pudiera olfatear la luz. Después, Isoc se acercó a Saria y le tapó los ojos con la rotura de una sábana. Cuando las dos mujeres estuvieron a ciegas, Isoc cogió de nuevo el hacha.

Aferró con fuerza la empuñadura del hacha hasta que los huesos de sus nudillos se marcaron como colmillos. Avanzó despacio hasta Junic, que, al notar pasos cerca, se giró hacia él sin verle. El hombre contempló a la mujer, tumbada en el suelo, indefensa y desnuda. Dejó el hacha en el suelo y se arrodilló junto a Junic. Isoc le abrochó los botones de la camisa y volvió a ponerle los calzoncillos, después cogió el hacha de nuevo y se levantó. Respiró hondo, alzó el hacha sobre la cabeza de Junic, practicó el corte, justo sobre el cuello y, cuando estuvo seguro, asestó un único golpe. La cabeza de Junic cayó al otro lado de la cuchilla. La sangre que había

salido propulsada de su cuello empezó a resbalar por la pared en un lento descenso hacia el suelo.

Saria se quedó muy quieta. Aquel sonido seco la había paralizado. Isoc levantó el hacha y se acercó a ella. Liberó sus manos y la tumbó sobre la colcha, en una posición parecida a la última que había adoptado Junic. Isoc asestó el golpe varias veces en el aire y, cuando estuvo listo, dejó caer el hacha hasta el final. Lamentablemente, en el último momento Saria se movió, e Isoc tuvo que descargar un segundo golpe de inmediato. Después sólo se escuchó un gorgoteo continuo. Isoc le sacó el hacha a Saria y, en un arranque de rabia, la clavó de un golpe en la puerta del armario.

Luego se sentó en el suelo, apoyó la cabeza en la pared y se quedó absorto, mirando la habitación y sus desechos. Tenía salpicones de Saria por todo el cuerpo, pero no quería quitárselos, todavía no. Quería notar lo que había hecho, que seicara en su piel.

Isoc pasó así el resto de la mañana, contemplando aquellos cuerpos, hasta que poco a poco le fue venciendo un intenso cansancio. Una fatiga que le obligaba a renunciar a la idea de cualquier movimiento, y cerraba sus ojos con dedos de plomo. Finalmente, Isoc se rindió al sueño.

Al abrir los ojos, Isoc sabe que está soñando. Ha vuelto a su antigua casa, a su dormitorio. Su mujer está frente a él, de espaldas, temblando. Parece que está llorando. Su larga melena le cae por encima de los hombros, lleva puesto el jersey rojo que él donó después del accidente. Uno de sus favoritos. Esta vez Isoc no tiene miedo, se siente distinto, no teme al rostro que se oculta de él.

Isoc posa su mano sobre el hombro de su mujer, ella lo rechaza, se escabulle, le pide que la deje en paz, pero esto sólo hace que las sospechas de Isoc se asienten, y busca su cara. Maret intenta zafarse, pero Isoc la agarra de los brazos y la obliga a mirarle. Los ojos azabaches de la mujer, brillando de furia y lágrimas, se encuentran con los de su marido, que la contempla de nuevo, por primera vez. Isoc vuelve a ver el rostro de su mujer, el lunar que tiene bajo el párpado, la forma de sus mejillas, el color de sus labios, la grandeza de su encanto. Su mujer le mira confundida, no esperaba encontrarse con esa mirada, verle tan conmovido. Isoc conoce el momento que está viviendo porque ya lo ha vivido, y sabe lo que tiene que decir, porque lleva años queriendo decirlo.

-Lo siento, perdóname. No pasa nada si no quieres que vayamos mañana. Les llamo ahora y lo anulo.

Maret, aliviada, se seca las lágrimas y abraza a Isoc, que estrecha el cuerpo de su mujer como si fuera un frágil milagro, un minúsculo país donde quedarse a vivir.

Mientras su mujer se da una ducha, Isoc llama a Bernard, Yery, Nico, Piot y Keiko, y les dice que se anula el plan para mañana porque Maret no se encuentra bien. Más tarde, Isoc hace el amor con su mujer varias veces. Isoc sabe que nada de aquello es real, que tan solo es un hermoso sueño del que esta vez no quiere despertar. Es su recompensa por abandonarse a la locura, por tocar fondo y renunciar a la esperanza y a la vida. Y, sin duda, el sacrificio merece la pena.

Maret se duerme casi al amanecer, abrazada a Isoc, que se niega a dormir por miedo a despertar, y la observa durante horas hasta que ella se despereza con una sonrisa lánguida, feliz. Pasan el día juntos, sin salir de la cama, volviendo una y otra vez sobre el otro, hablando durante horas, fumando a largas caladas. Al llegar la noche de nuevo, Isoc se siente cansado y cree que aquello preludia el final de su tregua particular. Abraza a su mujer, la dice que la quiere, y se dispone a regresar a la habitación de la que ha huido, resignado a contemplar de nuevo la silueta de la montaña al despertar.

Pero no es así. Al día siguiente, le despierta la voz de su mujer con el desayuno en la cama. Isoc sigue siendo consciente de que todo aquello es un sueño, pero entiende que en realidad no sabe cuánto tiempo va a durar, y que tiene que intentar aprovecharlo al máximo hasta que termine, hasta que un día, tras acostarse, despierte solo y desnudo, junto a los cadáveres de dos mujeres con la cabeza cercenada.

Isoc pasa tres días y tres noches durmiendo, soñando la vida que no pudo tener con su mujer, disfrutando de los momentos que le habían sido negados.

Finalmente, como había previsto, una noche, tras dormirse abrazado a Maret, despertó por la mañana, solo y con el cuerpo dolorido, apoyado en la pared de aquella habitación con vistas al Puño del Diablo. El teléfono estaba sonando en el piso de abajo. Supuso que sería Janus.

Se levantó muy despacio, le costaba andar, fue al cuarto de baño y se dio una ducha fría para volver a estimular los músculos del cuerpo. Al salir se puso una camisa y unos vaqueros y se calzó con botas de montaña.

Isoc enterró a Junic y Saria en el jardín de la casa, puso una piedra sobre cada fosa y rezó una oración suplicando su perdón.

Después entró en la casa, sacó del almacén el equipo de montaña y empezó a prepararlo todo. El teléfono seguía sonando a cada rato, pero Isoc ya no lo escuchaba.

A la mañana siguiente, de madrugada, salió cargado con su mochila y su equipo de montaña, en dirección al Puño del Diablo.

-FIN-